

Emailgelio del 2 de marzo de 2025
Octavo domingo del tiempo ordinario – Ciclo C

Ignacio Itano sm

La paja ajena y la viga propia

En aquel tiempo, ponía Jesús a sus discípulos esta comparación: “¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo? Un discípulo no es más que su maestro, si bien cuando termine su aprendizaje será como su maestro. ¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: ‘hermano, déjame que te saque la mota del ojo’, sin fijarte en la viga que llevas en el tuyo? ¡Hipócrita! Sácate primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la mota del ojo de tu hermano.



No hay árbol sano que dé fruto dañado, ni árbol dañado que dé fruto sano. Cada árbol se conoce por su fruto: porque no se cosechan higos de las zarzas, ni se vendimian racimos de los espinos. El que es bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal; porque lo que rebosa del corazón, lo habla la boca. (Lc 6, 39-45)

El fabulista mejicano José Rosas (1838-1883), en su fábula sobre el camello de dos jorobas y el dromedario de una sola joroba, muestra la vigencia de la interpelación de Jesús sobre la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio. El camello se burla de la alta joroba antiestética que presenta el dromedario, sin tener en cuenta que él tiene dos jorobas a falta de una. El poeta concluye: “Hombres hay que no encuentran nada bueno, que, aunque son de defectos un acopio, la paja miran en el ojo ajeno, y la viga jamás ven en el propio”.

Más que a ser autocríticos con nuestros desajustes, **tendemos a atribuir a los demás lo que nos disgusta de nosotros mismos**. La culpa de cómo somos o de lo que nos pasa la tienen siempre los demás. Somos asimismo inmisericordes con aquellos en los que vemos reproducidos nuestros propios defectos.

En realidad, **tenemos dificultad para integrar lo negativo que descubrimos en nosotros**. Por eso, lo lanzamos sobre los demás. A veces llevamos heridas interiores de las que no somos totalmente responsables porque se gestaron o se produjeron por factores ajenos a nosotros y cuando no se nos podía pedir una madurez. Incluso, como dicen los psicólogos italianos Cencini y Manenti, “hay heridas que no cicatrizan nunca y con las cuales es necesario aprender a convivir”.

La solución no está en dedicarse a ver defectos en los demás, para esconder o justificar los propios, ni en convertir la vida en un permanente lamento estéril de lo que fue o pudo ser el pasado, sino en **afrentar la realidad del presente**: “El hombre puede no ser responsable de sus debilidades, pero es responsable de la actitud que toma frente a ellas... **Integrar significa concretamente: esforzarse en descubrir los propios puntos débiles, aceptarlos sin especiales angustias y fatalismos**, reconocer que se es persona en continua formación y necesitada de ayuda, hacer lo posible para limitar sus efectos comportamentales y para que no pesen demasiado sobre los demás, no pretender resolver todo radicalmente y precipitadamente, sino tomar las debidas precauciones, vivir la inmadurez como parte del propio yo y como signo de un límite que el hombre no se aviene a soportar, sino que tiende a superar”.

Emailgelio del 9 de marzo de 2025
Primer domingo de Cuaresma – Ciclo C

Ignacio Itano sm

Conseguir la verdadera felicidad y libertad

En aquel tiempo, Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y durante cuarenta días, el Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras era tentado por el diablo. Todo aquel tiempo estuvo sin comer, y al final sintió hambre. Entonces el diablo le dijo: “Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan”. Jesús le contestó: “Está escrito: ‘No solo de pan vive el hombre’”.



Después, llevándole a lo alto, el diablo le mostró en un instante todos los reinos del mundo, y le dijo: “te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me lo han dado y yo lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo”. Jesús le contestó: “Está escrito: ‘Al Señor tu Dios adorarás y a él solo darás culto’”.

Entonces lo llevó a Jerusalén y lo puso en el alero del templo y le dijo: “Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito: ‘Encargaré a los ángeles que cuiden de ti’ y también ‘te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras’”. Jesús le contestó: “Está mandado: ‘No tentarás al Señor tu Dios’”. Completadas las tentaciones, el demonio se marchó hasta otra ocasión. (Lc 4,1-13).

Una de nuestras mayores dificultades es escoger entre una cosa que nos produce placer inmediato, que tenemos al alcance de la mano, y otra que no nos ofrece una satisfacción inmediata, pero intuimos que está más en sintonía con nuestras exigencias profundas de persona. **Es la elección entre lo corto e inmediato**, por un lado, y lo largo y profundo, por otro.

Las *tentaciones de Jesús* expresan estas opciones que se presentan en nuestra vida. Existe la tentación de adorar un ídolo, porque está al alcance de la mano, y de prescindir de Dios, en quien podemos encontrar el sentido de la vida y, por tanto, la felicidad y la libertad.

Adorar a los ídolos nos lleva a la esclavitud, a las cadenas que nos impiden andar por un camino humano. Querer tener siempre más a cualquier precio, desear el poder aplastando a las personas y traicionando los principios, buscar la gloria personal valorando más la apariencia que la verdad, son formas de adorar a esos ídolos que nos crean ansiedad y malestar interior.

Felicidad y libertad son dos aspiraciones humanas irrenunciables. Y son también valores evangélicos. El problema suele estar en qué es lo que se entiende por felicidad y libertad y qué hay que hacer para conseguirlas. Luchar contra la tentación puede significar luchar por la verdadera felicidad y libertad saliéndose de eslóganes y convencionalismos que no hacen precisamente a la persona y a la sociedad más humanas. En las opciones personales, no dejarse atrapar por lo que se ha venido a llamar “políticamente correcto”.

“Lo políticamente correcto es aquello que suena bien a los oídos de las mayorías, aunque sea mentira y contraproducente a largo plazo. El Evangelio y la vida cristiana exigen a veces de los cristianos que se pongan a la contra, no por sistema, sino por convicción. No se trata de aislarse o autoexcluirse del común de los mortales; se trata de no traicionar valores irrenunciables sencillamente porque no se llevan” (Felicísimo Martínez).

Jesús no se ha dejado embaucar por falsos valores que, con el señuelo de felicidad o libertad inmediatas, deshumanizan y destruyen a la persona.

Emailgelio del 16 de marzo de 2025
Segundo domingo de Cuaresma – Ciclo C

Ignacio Itano sm

Disfrutar y asumir la realidad

En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Juan y a Santiago a lo alto de una montaña, para orar. Y mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. De repente dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, apareciendo con gloria, hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén. Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y espabilándose vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras estos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: “Maestro, qué hermoso es estar aquí. Haremos tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. No sabía lo que decía. Todavía estaba hablando cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube. Una voz desde la nube decía: “Este es mi Hijo, el escogido, escuchadle”. Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto. (Lc 9, 28b-36)



Al pasaje de este texto evangélico había precedido una fuerte discusión dentro del grupo de seguidores de Jesús. La chispa de la crisis había sido el anuncio de Jesús de que iba a sufrir mucho y la llamada a sus discípulos a “tomar la cruz de cada día y seguirle”. Pedro se había rebelado e incluso increpó a Jesús. Este respondió enérgicamente. El ambiente era tenso.

Para ayudar a sus discípulos a estar dispuestos a llevar la cruz, hace vivir a Pedro, Juan y Santiago una experiencia gratificante. Les invita a subir al monte y orar con él. Mientras oran, tienen una experiencia maravillosa que hace exclamar a Pedro: “**¡qué bien se está aquí!** Vamos a quedarnos aquí”. Pedro prefiere quedarse y no volver a la lucha diaria

También a nosotros Jesús nos invita a subir al monte. Nuestros problemas personales y de convivencia, nuestras fatigas, nuestras depresiones no deben abatirnos como si nuestra existencia fuese solo eso, Cuando se piensa solo en lo negativo y en lo que la vida tiene de sacrificio, se olvida que todo eso está llamado a ser *transfigurado* en un proyecto de amor más grande.

La vida es más hermosa de lo que aparece en los momentos de oscuridad o de tensión excesiva. Encontraremos fuerzas para llevar la cruz de cada día si valoramos y cultivamos los aspectos positivos de la vida. También en la educación, la exigencia debe ir acompañada del aliento, del estímulo, del rostro amable, de las actividades gratificantes.

La tentación de Pedro era quedarse en este momento ideal - vamos a quedarnos aquí, que se está muy bien... - para no afrontar la realidad de cada día. Por eso, dice el evangelio realistamente que *no sabía lo que decía*.

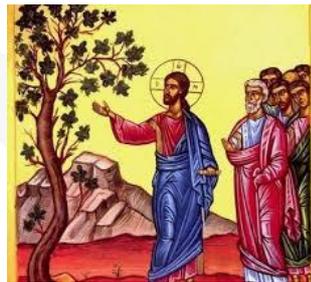
A cada uno de nosotros las experiencias de la vida nos han podido llevar a ser naturalmente optimistas o bien pesimistas; audaces o bien temerosos ante las dificultades. Puedo ser también tan idealista que descuide las acciones concretas que la vida me pide, o puedo ser tan excesivamente realista que no soy capaz de mirar más arriba y más allá de mis preocupaciones personales inmediatas. **Cada uno debe ver en sí mismo** si permanece demasiado abajo sin subir nunca al monte, o bien si se queda siempre arriba para no encontrarse con las realidades de aquí y asumir las propias responsabilidades.

Emailgelio del 23 de marzo de 2025
Tercer domingo de Cuaresma – Ciclo C

Ignacio Itano sm

El sufrimiento no es un castigo

En aquella ocasión se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos, cuya sangre vertió Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús les contestó: “¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos, porque acabaron así? Os digo que no; y si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. Y aquellos dieciocho que murieron aplastados por la torre de Siloé, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no. Y si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera”.



Y les dijo esta parábola: “Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: ‘Ya ves: tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a ocupar terreno en balde?’. Pero el viñador contestó: ‘Señor, déjala todavía este año; yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto. Si no, el año que viene la cortarás’”. (Lc 13, 1-9)

En el tiempo de Jesús hubo un momento en que dos hechos conmocionaron a la gente, y todo el mundo hablaba de ello. Uno de esos hechos fue la represalia sangrienta de Pilato contra los galileos que se habían rebelado contra el poder romano: mandó pasar a cuchillo a los jefes y a parte de la población. El otro suceso fue que se cayó un muro y aplastó a dieciocho.

La gente comentaba estas cosas y algunos pensaban que había sido un castigo de Dios por los pecados cometidos. Pero Jesús niega que estas dos desgracias se deban a un castigo por los pecados, puesto que los galileos que murieron así no eran más pecadores que otros muchos galileos que no murieron de una manera tan trágica.

Al mismo tiempo, Jesús quiere sacar una consecuencia positiva: **Convertíos. Que el mal y la desgracia no nos vengzan, sino que seamos nosotros los que les ganemos la partida.** Un sufrimiento, una enfermedad, una desgracia, pueden ser una ocasión de vivir el amor. Por ejemplo, ante una persona que está enferma, tenemos que hacer todo lo posible para que se cure, pero al mismo tiempo la enfermedad suscita una mayor atención, una mayor solidaridad y sacrificio por el enfermo. Una desgracia a evitar, la enfermedad, puede provocar un amor más grande. Juan Pablo II, tras afirmar que “el evangelio es la negación de la pasividad ante el sufrimiento”, asigna a este el papel de “provocar el amor, para hacer nacer obras de amor al prójimo, para transformar toda la civilización humana en la *civilización del amor*”.

Vivido con el espíritu de Jesús, **el sufrimiento no solo no degrada, no lleva a la desesperación, sino que humaniza porque permite vivir con sentido ese dolor, que no se ha buscado pero que aparece en nuestra vida sin pedir permiso.** Dice el eminente psiquiatra Víctor Frankl (1905-1996): “El interés principal del hombre no es encontrar el placer, o evitar el dolor, sino encontrarle *un sentido a la vida*, razón por la cual el hombre está dispuesto incluso a sufrir, a condición de que ese sufrimiento tenga un sentido”. Y añade: “el sufrimiento no significará nada, a menos que sea necesario; por ejemplo, el paciente no tiene por qué soportar, como si llevara una cruz, el cáncer que puede combatirse con una operación; en tal caso sería masoquismo, no heroísmo”.

Emailgelio del 30 de marzo de 2025
Cuarto domingo de Cuaresma – Ciclo C

Ignacio Itano sm

El padre que ama siempre

En aquel tiempo, se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los letrados murmuraban entre ellos: “Ese acoge a los pecadores y come con ellos”. Jesús les dijo esta parábola: Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país, que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. Se puso en camino adonde estaba su padre: cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida el mejor traje, y vestidlo; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercó a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: “Mira, en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. El padre le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido, y lo hemos encontrado” (Lc 15,1-3.13-32)



Ignacio Itano sm

En esta parábola, Jesús nos describe cómo es Dios.

Observamos, en primer lugar, la desfachatez del hijo menor pidiendo su parte de herencia, como si le fuese algo debido, y marchándose de casa. El padre no retiene a nadie por la fuerza, **respeto su libertad**. El hijo se marcha de casa buscando libertad. Cree que la va a encontrar lejos del padre, y se permite derrochar la fortuna *viviendo perdidamente*. La libertad absoluta, sin límites, lejos del padre, parece funcionar al principio, pero dura muy poco, y es que una libertad prescindiendo del padre no funciona.

Así aquel hijo, que había buscado ansiosamente la libertad huyendo de la casa paterna, **se encuentra con la mayor de las esclavitudes**. Tiene que conformarse con el oficio de guardador de cerdos, que entonces era considerado el más humillante de todos los oficios. Hasta sentía envidia de los cerdos, que al menos tenían algarrobas para comer.

Su situación de extrema esclavitud, cuando había buscado la libertad absoluta, le hace recapacitar: los jornaleros de la casa de su padre viven mucho mejor que él.

Planea entonces volver a casa, pero ya no será como hijo, después de su comportamiento indigno, sino pidiendo por favor ser un jornalero más. Prepara el discurso que va a decir a su padre: *Ya no merezco llamarme hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros*. No se le podía pasar por la cabeza volver como hijo.

Se puso en camino. Su padre, que salía todos los días a ver si el hijo volvía de su locura, al verlo **se conmovió**. Los expertos dicen que habría que traducir: *se le removieron las entrañas*. Aquel padre no puede resistirse, *echa a correr, se le echa al cuello y le cubre de besos*.

El hijo empieza su discurso preparado Pero aquel padre, que no puede retener su emoción, no le deja terminar: le acoge como hijo y organiza una gran fiesta para él. No quiere oír hablar de que su hijo vaya a ser un jornalero suyo: **le recibirá como hijo, mucho más allá de las expectativas del propio hijo**.

Así es Dios, según Jesús. **Es un padre que sale todos los días al camino** y, cuando nos ve de vuelta, **no nos reprocha**, sino que **nos abraza** y nos acoge como hijos. Lo que nos une a Dios no es un contrato de jornalero sino nuestra condición de hijo, que el Padre mantiene contra viento y marea.

Pero Jesús hace también entrar en escena al otro hermano, al hermano mayor. Este se indigna contra su padre porque se considera discriminado: toda la vida en casa, y nunca le ha organizado una fiesta.

El padre le tiene que decir: *todo lo mío es tuyo*. Aquel hijo, con tantos años en la casa, no conocía a su padre. Este quiere unas relaciones de padre-hijo, sin rigideces ni inflexibilidades. El hijo mayor debía alegrarse por la vuelta de su hermano, como se había alegrado el padre. Jesús destaca así que Dios quiere unas relaciones de amor, no legalistas, y que acojamos al hermano que vuelve con la alegría del padre. En una palabra, que nuestro corazón vibre con el de Dios, que no rechaza a nadie y abraza entrañablemente al que vuelve.